

Eugenio González

El buscador de sí mismo

I

NADIE pudo nunca detener las palabras que buscan en la sombra, cautelosas, el camino que conduce a otro corazón. Así, yo que soy un hombre como cualquier otro, desprovisto de importancia en medio de todos, estoy, ahora, enhebrando palabras usuales, gastadas por la tristeza de servir, años y años, a la misma inquietud dispersa y sin sentido. Ellas acuden a mí en atropellada multitud que desborda límites y se pierde en confusas regiones de sueño; luego, se rehacen y extienden sus redes, ávidas, para coger los enigmas que cruzan la vida.

Heme aquí, frente a las perspectivas infinitas de mi propia soledad, mirando el juego terrible de mis palabras y de mis anhelos que se buscan, se persiguen y nunca se alcanzan. Yo atraigo las cosas más lejanas, los sentimientos que se esconden, las inciertas visiones, el ímpetu constante que no encuentra cauce: todo eso constituye la perseguida riqueza que yo consigo rodear, a veces, de cálidas e impacientes palabras. Sin embargo, todo eso, por olvidados intersticios, se me escapa pronto hacia las zonas misteriosas y libres donde en vano se renueva el esfuerzo por expresarlo y el desaliento de la derrota inevitable.

Nada queda a menudo, nada, sino un puñado de gritos estériles lanzados al vacío, deslizándose hacia el decisivo olvido, torvo viento que sacude las almas ateridas de ansias y las empuja a la negación desesperada. Quisiera decir, por ejemplo, las cosas vagas y tristes que la marca del crepúsculo echa sobre mi corazón desamparado, o bien, la ansiedad que viene de aquel horizonte donde golpea el mar. Hacia allá está mi alma en viaje perpetuo, buscadora insatisfecha, ebrio meteoro que alumbra senderos que no llevan a parte alguna y se deshace en cantos que nadie escucha.

Esa es la inútil fatiga, mis amigos, ese es el viaje siempre en comienzo que emprendo cada mañana en busca de mí mismo. Débiles sostenes de mi sueño desmesurado, trémulas, cohibidas palabras, yo os quisiera osadas y vastas, capaces del impulso definitivo y de la verdad resplandeciente. Y es infructuoso el terco empeño de expresarse, y el espíritu sigue solitario, y el camino que conduce a otro corazón está siempre cerrado. Acaso sea mejor así y nunca debemos desear otra cosa, nunca, porque el infinito está en cada uno de nosotros y el pensamiento persigue, a través de la vida, su propia sombra.

II

Nadie podría decirlo: es algo que nació y crece amparado en el calor de una palabra apenas escuchada: y nada importa que eso no se pueda decir. Portadora del más deseado engaño, a mí te traen las rachas de este otoño; y yo he encendido mi lámpara cordial a la entrada del camino. ¿Más allá de qué confines de angustia podría el buscador olvidarse de tu nombre grabado en todas las estrellas de la soledad?

Decidme de dónde y por qué brota esta clara alegría serena, un poco triste a veces, al apretar dulcemente tu brazo, caminando a lo largo de pensativas avenidas que terminan en la noche... He aquí el muro de siempre, y los árboles enrojecidos por la última lumbrarada del poniente, y el banco donde tantos grabaron, temerosos del tiempo, la huella de sus

ternuras fugitivas. Aquí, sus manos se juntaron, igual que las nuestras, cargadas de indecisas promesas, y sería muchas veces, como ahora, el dorado otoño propicio a la nostalgia obstinada y al dulce silencio.

Al borde de tu silencio comienzan para mí el sueño indefinible y el dolor recóndito. Ebrio de alucinantes lejanías, repito el llamado que tu recogerás en un hueco de tu antigua ternura. Sin embargo, apoyado en la borda amarillenta del crepúsculo, alguien—acaso yo mismo—me llama ahora, y tus labios que man con la angustia de las despedidas, y tus palabras se enredan a mi esperanza incontenible. Y es que no sé en qué instante, dueña de todo, amarraste mi corazón al oscuro rosal de tu anhelo.

Cansada ceniza de ausencia llueve lentamente sobre los árboles ateridos y envuelve nuestra absorta alegría. Tal vez por ella, yo encontraría las desconocidas y hermosas palabras que traducen el ansia perdurable, y podría hacerlas arraigar en tu silencio, esta tarde. Hay también un algo de abandono en la tristeza de los ramajes bronceados y la emoción brota—hilo de agua en la tierra pobre—y va al encuentro de tu mirada y de sus lejanías profundas.

Yo encerré la vida en un instante y bruñí los contornos del último sueño con la más dura voluntad: fué mío el impulso que desata amarras persistentes; fué mío el adusto deseo de perder; pero aquí estás, en retorno perenne, desenvolviendo jubilosa esperanza a la entrada de la próxima noche. Y es el otoño, la buena estación en que acontecen cosas melancólicas y extrañas, y yo quisiera decirte algo que nunca comprenderás por entero mientras se encienden los astros innumerables y brota en las almas la congoja sin nombre.

III

Este es el duro silencio que tanto temen nuestras dudas inexpresables y los viejos rencores que acechan; este es el duro silencio que nunca comprenderemos, que viene no se sabe de

donde y se anuda traidoramente a nuestra desconfianza dolorosa. Deja, mi amiga, que el camino nos conduzca a cualquier parte y que nuestras miradas se rehuyan como las de dos enemigos y que nos sintamos, al mismo tiempo, dueños de idénticos secretos y soledad.

Muchas tardes, muchas, yo estuve agazapado en el haslío, imaginando una despedida que no sé decirte porque la quisiera casi alegre, sencilla como las cosas banales. Hay que partir, a pesar de tus ojos donde encontré los más extraños paisajes; hay que estrechar, por última vez, tus manos que tejieron guirnaldas ardientes en torno a mi deseo. Pero es pobre y ninguna importancia tiene el mañana si tu sonrisa no se asoma a mi vida y tu presencia no prevalece en mis instantes.

Eso también lo comprendo, y me duele el pensamiento de tu ausencia posible, y este duro silencio extendido entre nosotros como una alta montaña nevada. Están aquí, en este minuto que se alarga como una agonía dolorosa, las posibilidades entre las cuales gira nuestra suerte enemiga. Acaso sea mejor buscar la plena soledad y que tú te vayas adonde nunca pueda hallarte. Acaso sea mejor seguir gustando, por siempre, el regocijo cotidiano y humilde de tu compañía y de tu entrega.

¿Quién podría señalar la fuerza cierta de estos anhelos contradictorios e imperiosos que me acercan y me alejan sin que pueda romper el secreto inveterado? ¿Quién ha podido nunca descifrar el secreto fluctuante de su propio corazón? Venid en mi ayuda, buenos recuerdos acumulados bajo la lámpara de invierno, y luego vosotros, caminos de aventura y peligro que ofrecéis una resurrección cada mañana. ¿Dónde está, la verdad de mí mismo, la plenitud gozosa de mí mismo?

Yo estoy vacilante, enredado en designios antagónicos que no puedo penetrar, cercado por la pesadumbre otoñal de este silencio, y sintiendo, no obstante, la sugestión de tu presencia y de tus palabras contenidas. Esta tarde no se parece a todas nuestras tardes, aunque el cinturón eterno de las montañas se dore con el mismo reflejo muriente, y vuelen, persiguiéndose

por el valle, las mismas campanadas humedecidas por la niebla que nace.

Además, eso nada importa. Aunque todo fuera distinto, y este duro silencio se hiciera más denso y alto, y te viera lejana, perdida, como las cosas que ya dejamos de desear, bastará un pequeño gesto tuyo, un brillo emocionado de tu mirada, un comienzo trémulo de palabra, para que todo siga igual como antes, como siempre. No podría decirte mi despedida, tal vez no podré decirla nunca; y acaso, marchando a tu lado, te esté esperando y buscando durante todos nuestros días venideros, como ahora, en esta orilla del silencio y del otoño...

IV

Viene la hora lenta y triste en que no se sabe a dónde ir, la hora en que el espíritu alarga raíces hambrientas a lo desconocido y lo lejano. No enciendas todavía la lámpara: deja que vuelvan y se agiten como los pájaros nocturnos que el día ahuyenta, los gimientes recuerdos, las imprecisas imágenes que jalonan el irremediable pasado sobre el cual nada podemos.

Somos distintos de los que cogían con despreocupación regocijada la fruta estival de la vida, y esos que se buscaban, a través de los designios y los azares, no somos tampoco nosotros. He ahí muchas almas que fueron nuestras y que retornan para musitar cosas olvidadas que ya no comprendemos. Porque se acumularon los sucesos colidianos, los desalientos sórdidos arraigaron en nuestro destino, y se alzó, cerrando rutas y horizontes, la fatal monotonía de la costumbre.

Hasta ese día—igual a todos los otros días, perdido en el tiempo que se precipita y no retorna—en que un mismo pensamiento dichoso nos acercó y nos hizo estrecharnos, magníficamente ciegos, ricos de una desesperada alegría: también ese día está muerto; sólo nosotros, sobrevivientes oscuros, náufragos en el infinito desaliento, seguimos tendiendo nuestras manos mendigas hacia las islas imposibles del recuerdo.

No enciendas todavía la lámpara: deja que el espíritu se llene

de voces olvidadas y vague de nuevo por senderos imaginarios y por mares de sueño. Aquí está el barco maravilloso con las velas hinchadas por un viento de aventura. Romped las amarras y que todo sea como antes, cuando me alejaba de ti para encontrarte, y era el inquieto Peer Gynt, buscador de sí mismo.

Ya os reconozco, panoramas inabarcables, espléndidas visiones, abismos terribles. ¿Qué montaña alzada en la noche, qué símbolo levantado frente a la intrepidez del espíritu libre pudo detenerme y amedrentarme en mi marcha segura? Delirante embriaguez me empujaba más allá de las mezquinas virtudes de los hombres: amaba la vida y el poderío de los instintos y el frenesí de ser el único dueño de mi corazón. ¡Ah, con qué sonrisa cogía los enigmas y los dolores para guardarlos en mi corazón y en mi destino!

Mi barco estaba siempre aparejado, listo para un viaje imposible a través de las almas. No sé cuántas pupilas se han cerrado bajo las mías, no sé cuántos cuerpos han temblado, prisioneros, en la red crujiente de mi pasión, no sé cuántos oídos han escuchado, sin entenderlo, el canto de mi esperanza invencible. Y mi amor estuvo siempre huérfano y vagabundo, sin otro apoyo que el de mi orgullo solitario.

No enciendas todavía la lámpara: deja que vuelvan y se agiten en esta hora propicia, los tumultuosos recuerdos, las congojas antiguas, la ansiedad que me arrancó de tus brazos para volverme a tu corazón. Es bueno en esta tarde lenta, de otoño, juntar los párpados, sentirte por unos instantes eternos lejos, muy lejos, y volverte a encontrar, al abrir los ojos, al lado de esa lámpara que encendiste para siempre en la noche sin aurora de mi desamparo.

V

... Sin que mi turbia conciencia reparara, el pensamiento más tenebroso, aquel que se ocultaba de todos los otros, ha llegado a ser el orientador inflexible de mis dispersas energías. Lentamente, como la nube de tempestad que hace poco se extendió borrando las pálidas estrellas del cielo desnudo, así

ha ocupado mi espíritu y el tiempo donde mi espíritu ensayaba el triste juego del deseo contra la enemiga realidad.

Quisiera poder expresar el furor de este oleaje sombrío y los grandes silencios donde se fragua la determinación definitiva. Entre las cuatro paredes de esta pieza yo encierro el infinito, las maravillosas lejanías del sueño, toda la luz de una aurora posible que no viene. Giran vertiginosos enigmas en torno a mi conciencia profunda. En la hora más silenciosa de esta noche desventurada e inmensa, el espanto, como un ladrón, entró a mi vida.

¿Qué fué acumulando el tiempo en su incesante y casi imperceptible retirada? Sólo miseria, ambiciones incumplidas, desaliento; aluvión de espanto y sueño. El espanto modificó las perspectivas, enredó en círculos de absurdo la esperanza confiada. ¿Adónde ir?... En el día de lluvia, persiguiendo imágenes y recuerdos a través de la ciudad solitaria, ví prolongarse el tiempo—mi mañana, mi camino—estrecho, sucio, como la calle de puertas cerradas y ventanas sórdidas.

Siempre será la misma gente, idénticas actitudes ante lo irremediable, una borrosa y terriblemente monótona sucesión de sonrisas y muecas: mentira petrificada, vieja como el pueblo, como la vida. Nadie quiere saber la verdad ni mirar a su propio corazón. Ahí están el espanto y el hastío, acurrucados en el fondo, espionando el ingenuo esfuerzo de todos los días, distribuyendo, con subterránea insistencia, las raíces de la duda y del odio.

No intentéis escapar a su torvo poderío. Luego esas raíces se vigorizan, rompen la banal superficie de la rutina y de la dicha; y surgen así, invisibles floraciones que esparcen hacia todas partes sus ramajes lóbregos y sus olores malignos. Ellos oscurecen y asfixian las almas trémulas, cohibidas. Algo desconocido y cruel va destruyendo en ella la fe que alienta, la audacia alegre y simple que crea, los impulsos de piedad y de amor que dignifican.

Todo es igual. Todo es igual. He aquí el cielo negro y el aguacero interminable, lo mismo que el invierno pasado. Tam-

bién estas cuatro paredes frías, espiando con sus mil ojos bur-
lones, y la ventana cubierta de vidrios empañados que defor-
man el pedazo de cielo y de calle que hace tanto, tanto tiem-
po, estoy mirando. No hay límite entre la vida y el sueño, entre
el absurdo y la verdad: todo es igual. ¿Mañana?... Ah, cómo
golpearán la lluvia y la angustia mi corazón que nada sabe,...

Dejadme solo en esta noche desventurada e inmensa, solo
con este pensamiento tenebroso que ha sabido adueñarse, poco
a poco, de mi conciencia profunda. Que sigan, afuera, el duelo
y la lluvia, mientras yo, inmóvil, libre por un instante de
las trabas humanas, empujo los últimos y más tenaces
recuerdos, por la pendiente de la noche. Dejadme
solo, mis amigos, y no os preguntéis por qué
estoy alegre y río, cuando el viento hace
crujir la puerta que nadie volverá
a abrir...